



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Homenaje imponderable: Colombia, Indoamérica y nuestro destino cultural

Autor: Morales Benítez, Otto

Forma sugerida de citar: Morales, O. (1997). Homenaje imponderable: Colombia, Indoamérica y nuestro destino cultural. *Cuadernos Americanos*, 4(64), 104-121.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XI, núm. 64, (julio-agosto de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## HOMENAJE IMPONDERABLE: COLOMBIA, INDOAMÉRICA Y NUESTRO DESTINO CULTURAL

Por *Otto* MORALES BENÍTEZ  
ESCRITOR COLOMBIANO

CUANDO UNO SIENTE que sobre nuestras vidas descienden homenajes imponderables, como éste del Instituto Literario y Cultural Hispánico, de California, el espíritu se recoge en hábito de veneración a la palabra. Ésta, en mi caso, es la que me ha favorecido para andar confundido con ustedes y viendo que su magia se alarga en exaltaciones. Que ella resplandece sola, sin otros apoyos que el encanto revelador de su capacidad de entrelazar voluntades mentales; de despertar solidaridades en los seres más lejanos; de poner en vilo a varios países para coincidir en encontrar referencias a unos sucesos mentales. Nunca ha sido más aglutinante y misteriosa su fuerza expansiva.

¿A quién le entrego acertadamente mis agradecimientos? Tengo que unir varios centros de la cultura en un haz de reconocimiento. Al Instituto Literario y Cultural Hispánico que, desde California, congrega, incita, proclama y despierta conciencias espirituales. A la Universidad de Antioquia, uno de los más altos centros académicos desde que la fundó Francisco de Paula Santander, cuando nació la república. A la Biblioteca Pública Piloto para América Latina de Medellín, que es como la sala habitual de recepción de las más ricas y versátiles expresiones de la inteligencia en Colombia y en Antioquia.

*Juana Arancibia*

EL aliento humano de estas convocatorias se llama Juana Arancibia. Ella es directora, aglutinadora, incitadora de combates mentales, despertadora de devociones intelectuales. Su devoción arde en flama que aglutina. Viene del linaje de los organizadores, que someten voluntades, amarran destinos, señalan caminos para que otros

los exploren y conquisten. Aquí nos tiene reunidos en devociones por "El humor en la literatura". Voy a mencionar unos pocos de los temas de sus seminarios: 1) Evaluación de la literatura femenina de Latinoamérica, siglo xx; 2) Mujer y sociedad en América; 3) El descubrimiento y los desplazamientos: literatura hispanoamericana como diálogo entre centros y periferias; 4) Encuentro de la literatura con la ciencia y el arte: literatura e identidad latinoamericana; 5) Teatro argentino durante el Proceso, 1976-1983; 6) Mujer y sociedad en América; 7) Crítica literaria de la literatura de Latinoamérica, siglo xx; 8) Literatura del mundo hispánico. Y así se multiplican sus vertientes investigadoras.

Además, edita periódicamente una revista, *Alba de América*; sólo usando el calificativo de *espectacular* podemos aproximarnos a lo que publica en sus páginas, síntesis de potenciales propósitos: reflexiona el escritor como personaje de su propia vida; vienen luego los ensayos sobre los más disímiles, ricos y amplísimos temas de la cultura; las reseñas bibliográficas denuncian la riqueza y variedad de inquietudes que cruzan por el continente; las entrevistas aclaran dimensiones del pensamiento de los creadores; la poesía proclama su encanto y confirma revelaciones estéticas; la narrativa, en sus páginas, ilumina ángulos de la personalidad colectiva de nuestros pueblos.

Ésta es su actividad de mujer que ordena y concita. Pero aún no me he aproximado a su hontanar espiritual. Lo hago con temor de no aprisionar la abundancia de su mundo de escritora. Lo haré en torno a su libro acerca de un varón de excepcional inteligencia, con destellos que concentra al lector en meditaciones, condenas y repulsas, atisbos y resplandores estéticos y que levanta su voz de poeta para repetir el milagro de la admonición y el vituperio. Así aspira a que su verbo señale lo que debe ejecutar y denunciar la inteligencia en el continente. Me refiero a su estudio en torno de Ezequiel Martínez Estrada, quien está en el centro de Indoamérica diciendo nuestros oficios y obligaciones indeclinables; señalando los que necesitan cumplir, como obligación cardinal, los países; revelando cómo se conciben los deberes sociales del Estado; y cómo son renegados, cobardes y mansurrones del talento quienes obedecen a los sometimientos políticos, económicos, sociales o religiosos. Es la gran rebeldía con ancha voz de profeta.

El libro que ha publicado Juana Arancibia lleva por título: *Martínez Estrada: francoirador*. Siguiendo la filiación de este escritor, hallamos los parentescos mentales de su analista. Muchos

terminaremos con ella, en familia, con la misma sangre suya que se empina en condenas. Igual a la que hace arder el fuego de las revoluciones en los adjetivos de Martínez Estrada. Éste fue un gran ensayista, un musageta, y profesor, un fabulador, un hombre de largas cartas reflexivas. Todos esos recursos los utilizaba con adjetivos inclinados a la reflexión. Estaba en el centro de la acción intelectual. No quiso ser otra cosa. No lo necesitó, además. Su obra es extensa e intensa. Nos detenemos en este volumen porque su autora se regodea señalando primacías, críticas, rechazos y adhesiones. En la escritura de Ezequiel no hay término medio. No puede uno escudarse en la indiferencia. Crecen sus vocablos como las tablas de la ley del destino del continente. Él reflexionó sobre su Argentina. Pero su pensamiento tenía dimensión y penetración en nuestra área. Él es como una síntesis de los desasosiegos y de las promociones de los escritores del continente. Está en el comienzo, abriendo el espacio mental, con su antorcha que la distinguimos, desde lejos, por su encendida pasión, que nos incita y, a la vez, nos condena por no haber cumplido con el examen explícito de las comisiones exigentes que nos señala la existencia.

Siguiendo las reflexiones de Juana en torno de su compatriota, hallamos un elemento de gran trascendencia: su obra parece centrada en la Argentina, pero su irradiación y los elementos que integran su reflexión cubren la extensión de Indoamérica. Sitúa a ésta en su pasado y su devenir. La levanta en palabras de esperanza y, a la vez, la somete a riguroso escrutinio. Habla el lenguaje que indica cuál es la posición del escritor en el continente. Lo pone en vilo de reflexión y responsabilidad. Él fue hombre de combate intelectual. Hay una responsabilidad en quienes asumen obligaciones mentales: ser riguroso, y, también, conocer cuáles son sus compromisos inaplazables con su comunidad. Precisamente, él conceptúa que los hombres de pensamiento y de ciencia deben ejercer un protagonismo moral. Su categoría en la colectividad les señala esa virtud de vigilancia. A veces, sus juicios aparecen con vehemencia extremista, pero es porque no se aceptan fácilmente las verdades de su poderosa reflexión. Por ligereza, el intelectual está más acostumbrado al conformismo o la indiferencia. La posición de Martínez Estrada es de agonía ante la patria y los problemas que azotan el continente. Es natural que muchos no quieran escuchar los juicios que comprometen sus cobardías pues han dejado crecer las lacras morales, políticas, sociales; o el imperio excluyente y absorbente de los monopolios; o no tienen criterio acerca de las castas militares

que tratan de gobernar; o se someten a la cerrazón que crean el gobierno o los poderes económicos, que evitan que se hable, se escriba y, desde luego, se razone con sentido crítico.

Martínez Estrada plantea problemas que son capitales en el área cuando comenta las luchas entre centralistas y federalistas, pues es un fenómeno continental. Sus juicios sobre los desniveles que produjo la conquista española nos cubren sin exclusiones. No es, por lo tanto, posible que crezca el desamor del argentino por su patria ni es tolerable que ello suceda en quienes pertenecemos a una órbita más general.

El plantea otra inquisición que nos excita: cuál es el destino de la literatura. En lo nacional, el desprecio, desdén e incredulidad han perturbado, creando una desconfianza hacia lo nuestro. No nos percatamos que la influencia extranjera goza brevedad en su ascendiente. Esas dos circunstancias nos conducen a que, a veces, y con más frecuencia de la aconsejable, naveguemos en el limbo. Esto ha acontecido por falta de maestros con conciencia de la identidad indoamericana. Por la carencia de certezas en las enseñanzas que debieran convocar a la solidaridad y al impulso de las fuerzas que vienen desde la raíces ancestrales —que no se pueden desconocer— y hasta consolidarse en nuestro mestizaje, que también queremos no aceptar e identificar. Martínez Estrada señala otra pedagogía de gran maestro. Él lo fue de categoría en la bellísima ciudad de La Plata. Él cuenta a sus discípulos —que somos quienes andamos en estos desvelos— que la literatura y el escritor no deben inclinarse ni tolerar ninguna forma de servilismo.

Así, pues, este libro de Juana de Arancibia expande el pensamiento de Martínez Estrada. Ella insiste en que el autor no sólo se convierte en vigilante de diatriba espontánea para su país, sino que hay que mirarlo en la perspectiva del análisis del continente. Su combatividad no le permite reposo. Así va penetrando, honda y reflexivamente, en la distinción de nuestros males. Ambiciona que la realidad del área obedezca a un rigor y a un comportamiento en el cual prevalezcan valores de ordenamiento serio de su destino. Que no se juegue con su vocación, abusivamente, por gobernantes, políticos, educadores y guiones de funciones públicas y privadas. Que cada cual tenga su vocación de ardentía para aventajar nuestras limitaciones. Que éstas no se acepten como desgracias, sino como desafíos.

Martínez Estrada busca las bases de los problemas nuestros: indaga, bucea la historia, se regodea en la realidad, se empeña en formular cábalas sobre el porvenir. Anda en azogue mental. Arancibia

se detiene en una síntesis de parte de su pensamiento sustancial y anota que uno de nuestros males radica en cómo se cumplió la colonización española:

El colono vino a América lleno de sueños y esperanzas y al comprobar que esos sueños no eran más que una quimera, nació en él cierto deseo de venganza. Mató al indio, poseyó a la india con rabia, violándola, y engendró en ella al hijo, producto no del amor sino del rencor y la frustración. Ese hijo tendrá más sangre de indio que de blanco y, al ser despreciado por ambas razas, se encontrará solo en la llanura salvaje, a expensas de los golpes del blanco y del indio. Ese hijo sería el mestizo, el que originaría el pueblo, el argentino.

Realmente, el mestizo nos ofrece identidad y autenticidad. Por el desprecio inicial, por el repudio del español, aquél peleaba contra su dominio de la tierra, del gobierno y de la prédica religiosa, algunos de nuestros dirigentes hispanófilos han querido mantener esa repulsa. Esto es inútil: eso es lo que somos y seremos en el continente y lo que nos da una categoría frente a los demás designios universales. Para Juana y para el autor ilustre, “la actitud del colono es otra de las raíces de los males que afligen el país. Si hubiera sido otra la actitud de los colonizadores, el destino del país hubiese sido diferente”.

Ésa es una de las génesis del desamor del argentino y del indoamericano para sus patrias. Precisamente, Martínez Estrada planteaba en su ensayo “Para una revisión de las letras argentinas”, la urgencia de que no encontráramos concordés en una atmósfera de comprensión: “Sin conocernos no podremos amarnos, sin amarnos no podremos engendrar una literatura verídica, y sin una literatura verídica, no podremos tener un pueblo sano”.

Por ello Juana Arancibia destaca su postura hostil y de rechazo a las imitaciones. Aprovechar sí las técnicas, pero no doblar nuestra cultura a sus influencias. Al contrario, representamos unos matices hondos que no se confunden con lo exterior. No hay que olvidar su sentencia clarificadora: “La literatura foránea como base se agota un día o se desvanece, quedando sólo la imitación y la caricatura”. De allí que insista en que debemos olvidar el desbalance de hablar menos de nosotros. Al contrario, el deber es volver sobre lo que realza nuestras vidas como pueblo y lo que nos singulariza ante las demás culturas. Estamos en el orto, pero gozamos de un acento original y propio. No dependemos de nadie, pues exhibimos una autonomía de la inteligencia y ésta dirige y orienta. Además, en cualquier aspecto que se examine —en la creación artística, en

la filosofía, en el derecho, en la historia, en las formas políticas, en las relaciones del amor, en la vivienda, en la manera de vestir, en la comida, en los juegos populares, en la religión, y así podríamos continuar en una lista multiplicadora—, entregamos respuestas diferentes, de auténtica raigambre indoamericana. Esta identidad no se discute hoy. No hay escritor o pensador que no la proclame y la reclame como signo de independencia en la cultura y ante los otros continentes. Así se hace explícita nuestra identidad que algunos poquísimos intelectuales, gobernantes y conductores de la comunidad, no alcanzan a vislumbrar, cegados por su eurocentrismo como están, por el desconocimiento de lo que nos da un sitio en el universo.

Esto nos enseña el libro de Juana de Arancibia y es un buen marco para las reflexiones de esta semana. Así, además, descubrimos su filiación estética, moral y política y su avizoramiento de Indoamérica. Quedamos advertidos con claridad.

#### *Seminario sobre "El humor en la literatura"*

ESTE décimocuarto Seminario se refiere al "Humor en la literatura". Este tema es subyugante. En Colombia siempre hemos gozado de escritores que han enriquecido sus obras haciendo de sus sutilezas y de su buida gracia un alarde de fraternidad con la inteligencia nacional. Aquí, en ponencia especial, Rocío Vélez de Piedrahíta ha sostenido que el humor es cosa muy seria. Así lo aceptan muchos de sus analistas.

No entraremos a su estudio, pero queremos dejar algunas referencias para situar su envidia y su trascendencia. Lo primero que advertimos es que el humor es paradójico. ¿Qué es lo que inclina a la sonrisa, a la risa de estremecido alarde, a la carcajada estimulante? Es difícil acertar en la respuesta. Las reacciones frente a su aparición pueden ser de aceptación o de rechazo. La totalidad de las personas no tiene su espíritu abierto para el solaz espiritual de la gracia. Muchas de ellas no captan un gracejo, a pesar de que filosóficamente encierre una gran verdad. No hay que desconocer que hay gente que se ríe con hostilidad, casi con muestras de rechazo. Unas veces por reacción contra lo que se dice; por hostilidad a quien lo expresa o lo escribe o por insensibilidad. Lo que se ha admitido, universalmente, es que la risotada lo que señala, sin dubitaciones, es buena salud mental. Para Freud ella es una fuerza liberadora, noble y creadora, mientras que Platón predicaba, siglos ha, que se

debía evitar porque degrada todo. Para este clásico, se debía vivir en la solemnidad imperial.

El tema del humor ha mantenido en discusión a filósofos y escritores. White, en 1963, andaba preguntándose cuál era su motivación. Sostenía, con abundancia de argumentos, que tenía que aceptarse como una manifestación de la complacencia, o que también podía ser un afán de dominio de quien se lo ingeniaba o propiciaba. Otro autor, Berlogne, en 1960, se empeñó en sostener que aparece cuando hay una amenaza y, entonces, una chispa se enciende, para dar lumbre a la incertidumbre o la sorpresa. Quizás lo predicaba así por la carga de sentido crítico que gobierna el propio origen y el desarrollo de la gracia. Concluía que el risoteo denuncia seguridad, avanza hacia el esclarecimiento de una situación o favorece un momento de liberación. Para Milgrán, ella aumenta cuando crece la ansiedad, porque es una manifestación neurofisiológica. Para otros, denuncia un gran simbolismo. El humor viene en lo que se dice o cómo se actúa. Lo donoso alcanza varios matices, según: si nació de lo incongruente, del absurdo, o de la concatenación de actos. Así nace el juego de las palabras. Éstas buscan liberarnos de las restricciones que nos imponen con reglas, situaciones o personajes. La pompa, el rito, el ceremonial también alcanzan condenaciones públicas en las burlas dinámicas. Éstas a veces son consecuencia de un proceso social.

Pero el agresivo, el que ridiculiza, el que amarga, no merece contar con adeptos. La humorada no debe levantar dolores a quienes son víctimas de él. Requiere que obedezca a un dinamismo donde predomina la nobleza de la inteligencia. Charles Chaplin, que utilizó siempre la miseria para producir escenas de humor, nunca ridiculizó aquélla, sino que hizo evidente su carácter eminentemente humano frente a la riqueza hostil o cuando ésta asumía actitudes de agresiva cursilería. Lo mismo que desbarataba la ridícula prepotencia del poder y nos entregaba el engranaje del aparato artificial.

El humor se utiliza inteligentemente para cambiar actitudes. Se cuenta que cuando la Conferencia de Teherán, Stalin hacía alarde de diversas suspicacias al negociar con las potencias aliadas. Era imposible avanzar. Entonces, Franklin Delano Roosevelt derrotó aquel estado de ánimo cuando principió, con aguda jovialidad, a costa de Winston Churchill, a talar los aprensivos escrúpulos del magnate ruso. Fue eficazísima la colaboración del gracejo. La humanidad, entonces, ha sido favorecida con la hipérbole. La agudeza es cierto que promueve la solidaridad, rebaja las tensiones, tolera

el ridículo cordial, asegura la aventura de la risa. Ésta, ya es verdad aceptada, diferencia al hombre de los animales. Estamos aquí, pues, celebrando algo que se extiende como don esencialísimo de los seres.

*Brevísimas sobre Escobar Mesa*

**P**ARA que yo advirtiera que el homenaje que se me rendiría sería consagradorio comisionaron a uno de los más calificados hombres de la cultura joven del país. A Augusto Escobar Mesa se le solicitó que dijera las palabras que deberían situarme en el ámbito en que nos movemos y que despierta nuestros júbilos de adhesión. Él viene de la stirpe de hombres estudiosos. Está comprometido con su deber de investigador. No anda cercano a aventuras o piruetas mentales. Durante una etapa trabajó libros en compañía de otro valor reconocido y compañero nuestro: Luis Iván Bedoya. Más tarde, principió a publicar sus textos. Sus estudios acerca de César Uribe Piedrahíta y Arturo Echeverri Mejía, o su libro de entrevistas visionarias penetrantes, siguiendo la riqueza conceptual del gran fabulador Manuel Mejía Vallejo, tres antioqueños como él, lo sitúan en el sitio preponderante de ser ya uno de nuestros más altos y autorizados críticos. En Bogotá publica, en la *Colección 30 años Universidad Central*, otro volumen de característica importancia. He tenido el privilegio de leerlo y encuentro en esas páginas lo que ya lo ha acreditado para el reconocimiento de la inteligencia nacional: claridad conceptual, riqueza para criticar y señalar dones y mermas, estilo de limpieza estética en la palabra, abundancia de información donde la erudición no enmaraña los conceptos. Es un escritor para el cual la crítica adquiere nobilísima propensión al equilibrio en los conceptos. No se desborda hacia la admiración, no se inclina hacia una perversa mirada analítica. Es el intelectual que cumple su destino en el centro de la equidad, la decencia mental y la pasión por el escrutinio sereno y cauteloso. La cultura de la patria le cabe holgadamente en su mente disciplinada. Los escritores y obras y los elementos que exalta y los que lo comprometen, tienen en Colombia la primacía de ser parte integrante de nuestro verdadero perfil como nación.

*Hilda Perera y Anderson Imbert*

**P**ERO como querían abrumarme, el Instituto Literario y Cultural Hispánico, de California, resolvió que recibiera este galardón en

compañía de dos valores excepcionales de la cultura del continente. Es otra largueza de mis amigos para conmigo y permite que aumente la fluidez de la alegría con que me rodea la existencia. A Hilda Perera, con su maestría en Artes, Filosofía y Letras, asistida de múltiples premios de la literatura en su Cuba entrañable, en los Estados Unidos y en Europa, se le convocó a esta bellísima y sugestiva ciudad de Medellín. La conocí, como lector, hace muchos años cuando publicó su libro sobre *Algunos aspectos de La vorágine*. Estaba, por lo tanto, desde sus comienzos, en las inmediaciones de nuestra cultura y, con excepcional acento, en lo hondo de los sufrimientos de nuestro pueblo. Se unía, asimismo, a la fuerza tropical de una obra capital y a la virtud de su magia en el fabular. Sea el momento de agradecerse. Su biografía de Lincoln la encontraron como la mejor y así la proclamaron. Sus novelas y sus cuentos se editan y comienzan las reediciones a sucederse, pues sus lectores le son fieles y se multiplican. Su libro de ensayos acerca de Lydia Cabrera, con tan importante mensaje en la cultura indoamericana, nos indica cuáles son las vertientes de sus creencias. Pero aún más: al hablar del sincretismo en los cuentos de esta admirable escritora, está señalando las calidades mestizas de su creación. La pone en el centro de lo que debe, necesariamente, ser la voz continental de los verdaderos fabuladores nuestros.

Ha escrito libros para facilitar la enseñanza; para que se conduzca la lectura con sabia ponderación de los valores y para despertar conciencia cultural en los recién alfabetizados.

Ella no se ha detenido en su búsqueda de cercanía a la vida de su pueblo, al destino del continente, a la comprensión del mundo. Por ello apeló al periodismo, que es una fuerza exploradora sobre los más diversos elementos colectivos. Las obras que ella ha traducido han servido en amplios sectores para reafirmar sus calidades cultas.

Sus actividades creativas de inteligencia le acercan los premios: los primeros, en literatura; los del concurso de cuentos Hernández Catá; los de la escritura para infantes. Sus novelas van desde sagas familiares hasta la protesta social y étnica. Sus críticos sostienen, quienes lo han estudiado con constancia, que sobresale por su tacto finísimo en el análisis de sus personajes. Su filiación es de adhesión a su tierra y su destino. Ella ilumina diversas aventuras de la cultura.

Enrique Anderson Imbert, mi otro compañero en esta singular y noble suerte humana e intelectual, ha cumplido una tarea excepcional en el mundo de la inteligencia de Indoamérica. Desde su Argentina, sobresalió como uno de los más calificados ensayistas.

Con sus primeras publicaciones se reveló perspicaz en el criterio que presidía sus juicios, en su prosa organizada para la reflexión, con idioma de pulcra locución para la calificación. El examen sobre la literatura del continente es ejemplar. Sobresale por las virtudes de la minuciosa investigación y el rigor en el análisis, en el cual no ha hecho concesiones. No ha consentido nunca el trance amargo de la condena ligera, del desdén o del repudio amargo. Cada autor recibe su ubicación en el proceso que se examina, en la época que le corresponde, en el género al cual ciñe su escritura.

Sus libros se perseguían, amorosamente, por las gentes jóvenes y los hombres de estudio. Impresionaban sus ensayos por el orden intelectual riguroso, por la lucidez de interpretación, porque interrelacionaba los diversos aspectos de la cultura. Fue discípulo de Martínez Estrada en La Plata. De allá le viene parte de su disciplina y de su devoción por los afanes de la inteligencia. Su libro *Historia de la literatura hispanoamericana*, que difundió en diversas ediciones del Fondo de Cultura Económica de México, fue de obligada lectura para quienes querían asomarse a su panorama amplio y abigarrado, sereno y pletórico a la vez. Trabajó sus materiales con exigente precisión. Se vino desde los orígenes, rastreando y, a la vez, denunciando sus hallazgos. Después de las vanguardias, de las dos guerras, aparecieron torrentes humanos de escritores y literatos tan caudalosos como Pablo Neruda. Para cada uno tuvo su calificación y su sitio. Las nuevas gentes irrumpían con su ímpetu ambicioso de proyección. Las recientes teorías de la identidad otorgaban un neófito matiz a la escritura de los indoamericanos. Anderson Imbert los va localizando y destaca sus resplandores. Debo contar mi gratísima sorpresa cuando, en uno de sus volúmenes, estando en mi incipiente juventud, vital y literaria, hallé mi nombre al lado de escritores de rango en el continente. Aún brincan en mi memoria evocadora voces de emoción. Le entrego, en esta hora, mi reconocimiento y el relato de qué manera sus palabras estimularon mi lucha intelectual. Le tiendo mis manos, que se unen a las suyas, a las del profesor emérito de la Universidad de Harvard, para proclamar que en la lucha por Indoamérica nos encontramos concordados en los afanes de solidaridad. Mi adhesión viene, además, desde que en las páginas del suplemento literario de *La Nación* sus ensayos y sus cuentos nos convocaban al deleite y al ensueño intelectuales.

#### *Tributario del ensayo*

**P**ERDONADME que me presente. He escrito siempre en el género del ensayo. Las materias se han confundido con la crítica literaria,

lo histórico, el derecho, lo sociológico, lo político. De allí no he desertado y no he estado, por fortuna, en disposición anímica para hacerlo. Al contrario, cada día se me vigorizan los argumentos para persistir en su asistencia y acomodo. He publicado cincuenta y tres libros, obedeciendo a sus reglas. Mi cercanía al periodismo me ha favorecido con elementos para la reflexión. Con la presteza de los acontecimientos, la necesidad de interpretarlos con rapidez, la fluidez y riqueza de lo inmediato, el afán de claridad para comunicarme con mi pueblo, me obligaron a acostumbrarme a sus demandas rigurosas. Y esas exigencias han servido para adquirir unas vibraciones mentales que nunca nos desamparan. Así fue llegando a las casillas y revelaciones del ensayo. Entre las imágenes y los conceptos oscila su escritura. Es algo que entremezcla la poesía y la filosofía. Que fantasea en lo lírico y se expande en perfiles reflexivos. No es para un arte cerrado, porque en él caben los términos más disímiles. Exigente sí es y por ello muchos lo soslayan. En su espacio se puede manejar lo incógnito. Aprisiona postulados, permite el regodeo imaginativo, busca fórmulas, soluciones y novedosas hipótesis. Apela a lo comprobado, pero se aventura en la creación de desconocidas teorías. Para ello oscila entre lo riguroso del pensamiento y la apertura a la fábula. Porque propone, a veces, soluciones ideales. Es exigente porque ambiciona que lo que se manifieste tenga asidero en el proceso de la integración de la cultura. Como ésta se inclina por inéditas revelaciones, la imaginación fecunda del hombre se empuja, canta y rastrea lo novelesco de la vida y del pensamiento, y en esas páginas lo consagra. Como maneja lo inmediato lo mismo que lo incógnito, deja que lo poético acerque su carga de intuiciones. Como siempre, su texto debe ser un discurso completo, por breve que sea, no queda materia excluida.

Así comenzó la escritura en Indoamérica. Inclusive las páginas de los "cronistas" fueron concebidas para describir, pero, a la vez, para interpretar un mundo que para ellos era deslumbrantemente mágico. Los cronistas de origen indio, de fuerza y condición de mestizos, como es el Inca Garcilaso de la Vega, al narrar su origen, su vida, la de sus mayores y las incidencias históricas a que se refieren, lo hacen en esos parámetros. Quienes crearon conciencia para la independencia y señalaron los rumbos del mundo americano, escribieron con las particularidades de aquél. Luego, los pensadores—creadores de conciencias, de reglas y denuncias de lo que es nuestro mundo— son grandes ensayistas. Es el género de formación. Es el que nos constituyó, reveló y realmente nos descubrió virtudes, cualidades, defectos y la peculiar condición del área. Primaba

sobre cualquier otro. Fue la manifestación más cabal de la inteligencia indoamericana. Por fortuna así fue, y en el ensayo cabe el variable mundo. Él puede avanzar desde la meditación más profunda hasta el relato, la fantasía y el fabular, manejar tropos retóricos, cercanos a la poesía o detenerse en el matemático examen de lo más intrincado, sin que se abandone la estructura del ensayo, sin que se sacrifique su hondura y precisión. El ensayista es hombre con una concepción universal de rara y sagaz capacidad de penetrar en los aspectos más diversos. Sin que pierda su identidad y proyección, es proteiforme y en él se reflejan las más diversas calidades del pensamiento, del razonar, del fabular, del poetizar. Esto depende de las calidades del ensayista: su formación, sus fuentes nutricias, la densidad de sus apoyos, la imaginación que asiste a su pensamiento. Porque con él se entra al torbellino de las diferentes urgencias críticas, o del análisis severísimo o de la divagación en torno a una materia que estimula y consiente el regodeo literario. Su versatilidad facilita el que el escritor se asome al más variado juego de la inteligencia, que no tenga límites en su capacidad de avanzar, penetrar, comprender y, luego, a través de la palabra, revelar, interpretar y crear.

Toma, roza y penetra en los más diversos aspectos del universo: la política, el amor, la fábula, la economía, lo lírico, lo antropológicamente ancestral, lo inmediato que está en vecindad, la realidad que nos azota con sus demandas peregrinas, lo lejano en la sabiduría, lo secular en el mundo, lo primitivo, lo más refinado en las elaboraciones estéticas.

Demanda buen lenguaje, que sea preciso y no se dilapide en contradicciones verbales. No tolera el juego, el escape, la huida. Ampara la crítica en los diferentes ámbitos. No padece de limitaciones. Examina, califica, señala otras rutas, permite disímiles reflexiones sobre lo examinado, contemplado o cantado. Él, amplía y renueva. Al escritor le tolera que se inmiscuya en lo más diverso. No tiene resabios en sus aperturas. Ahonda, aclara, pone orden en muchas ocasiones. Ese género permite denunciar lo que tienen, en lo hondo y en lo menos perceptible, las obras. Tiene la virtud de penetrar con riqueza a la exploración sibilina de lo escrito. Señala el puesto que corresponde al arte, a la novela, a la música, a la filosofía, a lo antropológico. Penetra en aquello que está oculto para el lector simple, para quien no está inmiscuido en el oficio. Pongamos un ejemplo: García Márquez, sin la infinita riqueza de ensayos que se han escrito sobre su obra magnífica, pregunto: ¿tendría el mismo

número de lectores que hoy lo rodean con fidelidad? Esos estudios han descubierto lo mágico y que está subyacente en muchas de sus páginas; han establecido los parentescos históricos, las guías estéticas, las regiones que ni el mismo autor, al momento de la creación, las pensó con los alcances, matices, honduras y revelaciones que le han descubierto los ensayistas. Macondo, por virtud de éstos, principia a poseer una carga de significados que comprometen la imaginación y la inteligencia de los lectores. Se carga así el territorio de presagios, realidades, símbolos, recurso de la memoria pasada, vislumbre de lo que puede gobernar el mundo futuro. Que inclusive principian a ser derroteros de nuestra vidas de simples lectores.

Otros dos ejemplos: Beethoven y Miguel Ángel. ¿Tendrían ellos la audiencia de escuchas y de investigadores del arte escultórico si no se hubiesen escrito los ensayos de antaño y los de hoy mismo, cada uno con nuevas interpretaciones, visiones, profundidades, esguinces, requiebros poéticos que en cada etapa crítica se escriben? Estas páginas lo que hacen es descubrir, revelar, penetrar y buscar claridad. Es cuando se detienen situando antecedentes, revelaciones científicas y líricas, evoluciones ancestrales y confrontaciones con escuelas filosóficas, interpretaciones que oscilan entre el sueño, la fantasía y lo onírico. Lo mismo que se regodea en el sentido poético que suscitan, en la majestad e imperio de esas personalísimas creaciones. Cada autor, el siglo, año, día, amplía, cambia y recrea el caudal de interpretaciones y revelaciones. No tolera límites, permitiendo el júbilo de la fantasía creadora en el autor de éste.

Toma una obra y denuncia su misterio creador. El lector simple, el que no anda comprometido en el afán de claridad, porque no es su oficio, sin este género nunca penetraría en la hondura de lo que pasa en los volúmenes y volúmenes que llegan a sus manos. Ese género es vislumbre, resplandor, gloria luminosa de la interpretación, apoteosis de la revelación cultural. Sin él, estaría trunca la obra de arte, la novela, la inquietud sociológica. La poesía padecería de orfandad de intérpretes; abandonados los principios doctrinarios de la política y los planteamientos religiosos, el hombre gravitaría en la incertidumbre cultural.

A muchos escritores y artistas les he escuchado que lo escrito sobre sus obras, a ellos mismos, les ha aclarado aspectos que, al momento de su creación, era sólo fuego emocional de la intuición. Así, descubrieron vertientes que antes estaban subyacentes.

Va de lo más serio y trascendental a lo más frívolo. En la multiplicidad de sus discusiones sobre el fabular, de lo lírico estremecido

del hombre, de lo más abscóndito del arte, colabora a ensanchar la órbita de los otros géneros. No se le ha concedido la categoría esencial que siempre ha tenido, por su misma juventud, dentro de la evolución de ellos. Algunos sostienen que nació con Montaigne en 1580. Pero, a la vez, Bacon ha indicado que “la palabra es reciente, pero lo que nombra es antiguo”.

Ayuda a la exégesis. Es discursivo, literario, apela a la ficción, se regodea en sus propias expresiones poéticas, se inmiscuye en la historia o en la ciencia. Es polipresmático, concluyó alguien. Se llena de “resonancias humanas”. Puede ser testimonio, visión personal, dimensión de la intimidad, fuerza lírica que se apoya en el corazón.

Hablan de él, advirtiendo que goza de divisiones y subdivisiones. Ángel del Río y M. J. Bernardette indican tres sectores: el puro, el poético-descriptivo y el crítico erudito. Es penetración y sonambulismo. Es hondura y camino del sueño de los hombres. Es el que abre las más inusitadas perspectivas a la inteligencia humana.

#### *Gabriela Mistral y su prosa*

DEBO contar dentro de estas anotaciones —los escritores oscilamos entre la revelación íntima y la profundidad de lo remoto— que una de mis preocupaciones es la escritura en Indoamérica. Por ello comparto con ustedes una noticia que para algunos será revelación. Así fue para mí hace pocos años. Por mucho tiempo juzgué a Gabriela Mistral como lo que es: una poetisa excepcional. Una de las más grandes del habla española. Pero un día, el crítico chileno Juan Loveluck, en largo coloquio, me alargó dos libros de ella que recogían parte mínima de su prosa. Debo confesar que me encandilé. Apareció lo que denunciaba hace tiempo Eduardo Mallea: “un alma valientemente diferente”. Me encontré con una prosista comprometida en lo más radical de la existencia: la defensa de los humildes, especialmente de nuestros indígenas; la mujer preocupada por las misteriosas fuentes de la religiosidad, por la distribución inequitativa de la tierra; la defensora de la autonomía de los pueblos pobres; la que combate por la justicia social, con empecinamiento político, a pesar de no tener filiación en ninguno de los partidos del continente; la que predica la paz. La que levanta en sus palabras la recreación del mundo amplio de lo nuestro. Su prosa se enciende, vigila, reclama, protesta con vocablos de bíblica entonación; se martiriza con la espectacular crueldad contra nuestras colectividades y

se estremece y crece en la riqueza de su lenguaje de personal aliento, que ella misma recrea y alienta con desconocidos matices expresivos; su escritura la consagra con inflexiones desconocidas. Como lo dijo al recibir el Premio Nobel, ella es ‘hija de la democracia chilena’. Viene desde lo más remoto de su patria, avanzando hasta la consagración universal. No para estar engreída en su nombradía, sino para ayudar a pelear el destino de sus gentes: las desprotegidas, las que no tienen voz, las que se pierden en el silencio de sus vidas oscuras. En su prosa he descubierto a una combatiente. La que publico aquí, y sus cartas con el humanista y ex presidente de Colombia, Eduardo Santos, las he clasificado para que, en edición próxima, busque desconocidos lectores. Ella miró lo propio con dimensión de belleza. Habló por las mujeres que enmudecieron, como lo señalaba Armando Uribe. Lo más cardinal es su identidad cultural con nuestro continente mestizo, como lo advierte Dianela Eltit. ‘Fue más pueblo que nadie’, dice Carlos Cerda. Lo ancestral de nuestra región lo resaltó y le señaló el sitio de dignidad de donde lo despojaron los españoles. Pensó en su país y en sus otros países del área. Como era tremendamente apasionada, no detuvo su voz de protesta. Todo pasa por su prosa, en breves páginas de rica variación crítica: viajes, política, naturaleza del trópico, los oficios, la religión, la democracia, la libertad, la ‘ira contra lo que padecen los desvalidos’. Sus cartas, que son otro de los tesoros de su prosa, revelan a ‘una gran conversadora’. Luis Vargas Saavedra, el profesor y escritor chileno, quien ha sido tan sabio antólogo de parte de su obra, dice que en su ‘prosa ya ha logrado un estilo incluso más sensorial y rítmico que el de Martí, su gran modelo’. Agregando: ‘Cuando le es necesario, inventa palabras, o bien las altera con matices nuevos’.

Gabriela Mistral, en carta a otra gran escritora de Indoamérica, Victoria Ocampo, le dice cómo es nuestro medio y cómo hay que librar la batalla:

¿Se acuerda usted de aquel arbusto tremento (el curro) que había en aquella estancia a donde me llevó y del que usted hizo cortar unos gajos? Veo esa geometría de espinas, ese mírame y no me toques, esa ametralladora de silencio... Así pudiese ser usted (y así era yo a veces), que yo no me la pensaría lo mismo. Porque esa planta, desconcertante, también es verídica y lo que más ata a usted es su veracidad. Su cultura, etcétera, me la pueden dar... otros en Europa: su verdad y su violencia vital no me la da nadie. Es el estilo americano más de intemperie que sea dable.

Esta Gabriela Mistral, peleadora a la intemperie como ella misma lo proclama, tuvo la virtud de confiar en las virtudes hondas del continente. Viene auscultándolo desde Montegrande, desde Punta Arenas, con la profundidad humana que despierta el magisterio, nunca abandonó su mirada de maestra de escuela que penetra en el avatar de sus gentes. Creyó en el destino autónomo nuestro y lo exaltó. Su virtud, su permanencia y su irradiación, es porque fue una grande escritora y poetisa insigne que no repudió lo nuestro: ni el dramatismo que nos corresponde, ni la greda humana, ni las culturas míticas, ni el perfil creador en nuestro mensaje de identidad mestiza. Estuvo en el centro de la suerte de Indoamérica. Nos ofrece otra de las clases de maestra rural: humildad, claridad, relevante visión de lo nuestro. Es su cátedra en la prosa que acumulamos para deleite y revelación de un mundo desconocido.

*Baldomero Sanín Cano*

CON otro maestro de escuela, nacido aquí, en las cercanías de Medellín, en Rionegro, la legendaria de la libertad, Baldomero Sanín Cano realizó otro trabajo de singular agrado; reúno y clasifico los escritos dispersos suyos en periódicos, revistas, epistolarios y suplementos literarios. Ha sido labor de paciencia. Se descubre la fuerza de un hombre que tenía una información cosmopolita, pero que siempre regresa a sus orígenes. Trabajó con lo más contemporáneo en la cultura, pero vigilante del curso de los días de Indoamérica y de Colombia. Él va de lo singular a lo general, del detalle al contexto. Al escribir su crítica, hace gala de una cortés ironía. No se despeñaba por el mal gusto de la recriminación, la increpación o el desprecio, como juzgan algunos que debe ser su oficio.

En este ejercicio ando empeñado, me impulsa esa abierta inquietud de Fernando Hinestrosa, quien, desde la Universidad de Externado de Colombia, aúpa ese rescate. Es parte singularísima y ejemplar de lo que es la escritura en libertad y para libertad del continente. El maestro Sanín Cano señaló cómo era y es el oficio de la literatura. Estaba obedeciendo a lo que aprendió por estas breñas. En éstas, invariablemente, en cualquier género, hay uno o varios epígonos. Crecen nombres con su propio resplandor de creadores. Estamos, quienes asistimos a este Seminario, en uno de los sitios de mayor riqueza y versatilidad en los menesteres espirituales. En éstos, Antioquia es paradigmática. Además, aquí el humor en la literatura ha tenido exponentes de clara dimensión reveladora.

Sanín Cano tiene virtudes básicas: una vivaz y rica capacidad analítica. De lo más simple, va emergiendo su juicio, riquísimo en variantes. Siempre en defensa del más libérrimo pensamiento; del derecho de contradecir, interrogar, protestar y condenar. Como le tocó padecer la Regeneración Conservadora de Núñez y de Caro, a fines del siglo XIX, no quería que en la historia del pensamiento nacional volvieran a prevalecer sus normas "hispánicas", de censura o de exilio, por escribir lo que no complacía a los magnates. Apela a las confidencias universales, que las poseyó como don natural de su vocación de estudio, para indicar cuál es la perspectiva y relatividad de los hechos humanos y culturales. Pero teniendo claridad en que deben tener primacía ciertos valores. Él, ejercía un magisterio moral. Su rápida visión de muchos hechos, acontecimientos y revelaciones de la escritura, no le impedía penetrar en lo hondo de la raíz intelectual. Su sutileza en la percepción del detalle lograba manifestar la fuerza honda de lo que andaba por detrás del mundo del escritor. Nunca abandonó la perspectiva histórica para situar así, cabalmente, hombres, libros, conductas, países, partidos y religiones. Su mirada era de amplia irradiación sobre el mundo. Pero eso sí, volvía su pesquisa y su juicio sobre lo inmediato, lo suyo, lo de sus compatriotas en Indoamérica y en Colombia. A ésta la liberó con su escritura y con su pensamiento del peligro del aislamiento. Fue otro maestro de escuela con capacidad de convertir en aula el periódico, la revista y el diálogo socrático. Escribía una prosa ordenada; de fina percepción de matices, honduras y perspectivas, en medio del torbellino del diario acontecer, sin dejar hundir su barco que apuntaba a nuevos mares de recreación de la imaginación especulativa. Vivió en quicio con su gente. He dado estas noticias aquí, tanto de lo mío como de los demás, simplemente para indicar que me inquieta lo propio como el mensaje de los demás. Es una vigilancia de apremio. En el caso de Sanín Cano es otro indioamericano que ha amado y confiado en su pueblo. Fue siempre el viejo educador dictando su cátedra, la de él era magistral.

*Maestros, maestros, maestros*

EZEQUIEL Martínez Estrada, en sus escritos, reclamaba por una mejor categoría de maestros. Sin éstos, y sin que ellos tengan calidades de ciencia y de carga de noble acento de humanidad, es imposible formar hombres para gobernar, dirigir, orientar. Él quería, además, que los dirigentes del continente fueran maestros en el sentido de poseer liderazgo, gozar de capacidad de orientar sin doble-

ces y de presidir sin que los dobleguen las vergüenzas morales, como sucede hoy en día. Maestros, maestros, maestros, con maestría en las guías del conocimiento y de la conducta.

Por ello he hablado de tres de ellos esta tarde al recibir el alto galardón que me consagra. Allí están, acompañándonos, las enseñanzas de Ezequiel Martínez Estrada, desde La Plata; las de Gabriela Mistral, desde la escuela rural de Punta Arenas; las de Sanín Cano, desde Titiribí y Rionegro en esta tierra bíblica de Antioquia. Tres maestros de la provincia de Indoamérica que levantaron sus vidas para cantar el pasado, el presente y lo que avizoraban de nuestros pueblos. Ellos aún dictan su más alta clase que es la de la dignidad y la decencia, que son calidades que han ido desapareciendo en el continente. Sus sombras amables nos protegen para reiniciar la enseñanza democrática, de limpio y decoroso sentido humano, donde la dignidad frente a sus deberes debe acompañar el paso de gobernantes, literatos y hombres de la calle. Que la pelea a la intemperie nos encuentre con la lámpara encendida para proclamar el paso de Indoamérica sin tener que doblegar la conducta ante ningún poder. El escritor tiene el deber de mantener intacto su profético alarde de denuncia, condena y creación.